

XIII

El sorteo.—Una ley y una comedia de estudiantes.—Muertos y vivos.—Debut de Justo Sierra.—Recuerdos de Torroella.—Su amor á México.—Cómo murió en la Habana.

El 1.º de Noviembre de 1865, el Gobierno del Imperio expidió una ley de sorteo para reemplazo del Ejército, á fin de que el servicio militar lo reportaran todos los súbditos, bajo reglas invariables de igualdad y de justicia.

Dicha ley determinaba que todo mexicano de nacimiento ó de naturalización, de diez y ocho á treinta y cinco años de edad, entraría en sorteo, á no ser que tuviera alguna de las excepciones señaladas por la ley misma.

Los individuos en quienes recayera la suerte, servirían por el tiempo fijo de siete años, en el que no debería abonárseles todo aquel que durasen cumpliendo alguna condena por deserción ú otro delito.

El sorteado que quisiera eximirse del servicio militar, debía exhibir cuatrocientos pesos, ente-

rándolos en la oficina de Hacienda correspondiente.

La ley determinaba las bases generales, los empadronamientos, las juntas calificadoras, las excepciones, la manera de verificarse el sorteo, las obligaciones de los sorteados, el reclutamiento voluntario y las penas relativas á las infracciones y omisiones de que eran responsables los prefectos, subprefectos, alcaldes y comisarios municipales.

Esta ley fué recibida con gran frialdad, porque, en primer lugar, se sabía que el Imperio era dueño de los sitios ocupados por fuerzas francesas, y que, en consecuencia, era su aplicación tan difícil como ineficaz en tales circunstancias.

Problema muy arduo ha sido el de encontrar un sistema de reclutamiento para el Ejército, y una de las razones que hacen su resolución más difícil, son las que toma en consideración el general Bernardo Reyes, en su notable volumen sobre esa materia, publicado en San Luis Potosí en 1885, cuando era Jefe de la 6.^a Zona Militar.

Dice en ese brillante estudio el general Reyes:

«La notable diferencia que separa á nuestras clases sociales, mucho más que en los países aristocráticos, es un dique que se interpone para que pudieran hacer vida común los contingentes de hombres que unas y otras clases dieran. En México á nadie se oculta que hay dos razas con

costumbres distintas y diversa educación, una, la hija de la española, y otra, la indígena, en parte ésta con lejanas y la mayoría con ninguna de las afinidades respecto de aquélla; la primera es la que forma las clases superiores, y ella, con sus propios recursos, se ha ilustrado, en tanto que la otra, que descende de los aborígenes, castas que sufrieron trescientos años de esclavitud, en que perdieron su civilización propia, sin poder adquirir otra nueva, existiendo penosamente con elementos escasos, sin haber podido el Gobierno atenderla del todo porque ha vivido en una lucha constante, empezando por la de ser ó no ser, y concluyendo por los trabajos de consolidación, está sumida en una triste ignorancia que la tiene, en general, abyecta. De aquí, pues, esa gran diferencia de que hablo; de aquí la imposibilidad de unir en el Ejército á los contingentes de esas clases.

»Por otra parte, se nos presenta la falta de amor al servicio de las armas, que ha llegado á atrofiar el sentimiento patrio; originado esto por la necesidad imperiosísima en que el Gobierno se ha visto, por no estar bien organizado el país, de hacer caer sobre las clases ínfimas, como un castigo á veces, ese servicio militar sin tocar á las superiores, y de la costumbre de estas clases superiores de ver que la tropa se ha formado de aquella gente menesterosa, como la única apro-

piada para soportar esa carga que la patria tiene derecho de imponer á todos sus hijos.»

* * *

En el estudio á que aludo, el general Reyes, — muy joven cuando lo escribió, — afronta la tarea, á pesar de las contrariedades que señala, y toma en su proyecto lo que cree adaptable de los sistemas extranjeros, al medio en que evolucionamos, y agregando lo que su experiencia militar le aconseja como práctico y útil entre nosotros.

Pero no es mi objeto detener la atención en esa obra, que trae muy importantes capítulos, después de dar una ojeada sobre el Ejército, acerca de la necesidad de otra organización militar, el servicio personal obligatorio, los trabajos preparatorios para lograrlo, el proyecto de la nueva organización, las consideraciones sobre el contingente militar, la preparación del Ejército para recibir el contingente, y el reparto de éste en el Ejército y la Guardia nacional.

Básteme decir que veinte años antes de que apareciera este estudio, la ley de reclutamiento, tal como se expidió, ya revelaba el afán de subsanar graves inconvenientes, pero no era practicable.



Colegio de San Ildefonso

La juventud pensadora que no teme al poder, ni al dinero, ni á ninguna influencia, para expresar sin embozo sus ideas y lanzarlas á los vientos de la publicidad, fué la primera en censurar el imperial decreto.

En aquellos días el Colegio de San Ildefonso hospedaba como internos á muchos jóvenes, casi niños, que ya revelaban lo que más tarde habían de ser en nuestra sociedad culta y distinguida: Adrián Segura, Emilio Pardo, Pedro Miranda, Manuel de la Peza y Ansa, Manuel Acuña, Carlos Flores, Samuel Morales Pereira, Joaquín y Benjamín Segura y Pesado, Enrique Pe-

sado, Eduardo y Francisco Murguía, Manuel Zea, Samuel Argüelles, Pedro Garza, Alberto Baz, Paulino Raigosa, José Enríquez, Manuel López, Manuel Cruzado, Vicente Rodríguez Miramón, Pablo Macedo, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez, Germán y Eduardo Navarro... pero la lista sería muy larga. Ya hacían prever que sus nombres iban á sonar con aplauso en los dominios del foro, de la tribuna, de la prensa, de la cátedra, del púlpito, de las bellas letras y de los buenos servicios á la patria.

* * *

Entre ellos habían formado una compañía dramática, y ya habían obtenido un buen triunfo la noche del 4 de Octubre de 1865, en que dieron una función en honor del director del Colegio, licenciado don Francisco Artigas.

En esa noche, después de la obertura, pronunció un discurso el que más tarde fué notable profesor de Patología General, Adrián Segura, y que entonces era un chiquillo locuaz, vivaracho y muy estimado de todos.

En seguida se puso en escena la graciosa pieza en un acto, *Mal de ojo*, desempeñada por los alumnos Alberto Baz, Paulino Raigosa, Emilio Pardo, Carlos Flores, Antonio Freiria, Miguel Alba, y Fernando Segura, que interpretaron los

papeles de Mónica, Aurora, Carmen, Medina, Antonio, Esteban y Pedro.

El espectáculo concluyó con la pieza en un acto *¡No más muchachos!*, cuyos papeles estuvieron confiados á Adrián Segura, Enrique Pesado, Fernando Castro, José Tagle y Manuel Peza, correspondientes á los de Anita, Gila, Pascualillo, Miguel y Alejo.

Grandes aplausos premiaron el despejo con que los actores y las actrices ejecutaron sus papeles.

Alberto Baz, Adrián Segura, Paulino Raigosa y Enrique Pesado duermen ya el eterno sueño, arrebatados por la muerte cuando todavía la esperanza y las ilusiones les sonreían engañosas.

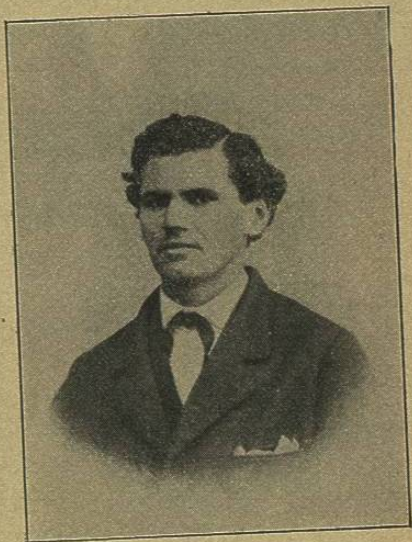
Dirigió la escena Francisco Vallejo, y fueron apuntadores Miguel Zamacois y Francisco Santín.

* * *

El éxito ruidoso alcanzado en esta función, les decidió á dar otra, y entonces tres alumnos que cultivaban la poesía, se reunieron para escribir juntos una pieza en un acto, criticando la ley imperial de reclutamiento.

Esos jóvenes, que ya han muerto también, eran Martín Fernández de Jauregui, José Cór-

doña y Víctor Banuet, aquel fogoso orador y estilista galano, que deleitó á los lectores de *La Iberia* con sus preciosos artículos «Miriam», «Una violeta», «Una gota de tinta», y con versos llenos de inspiración y de originalidad.



D. Justo Sierra

(Reproducción de un retrato de la época)

En honor del señor licenciado don Joaquín Eguía Lis, que era director del Colegio, se representó *El Sorteo*, trabajando en ella los alumnos Alberto Baz (característica); Carlos

Flores, haciendo de padre del sorteado, que lo representó Manuel Zea; Emilio Pardo (jr.), de criada; Paulino Raigosa, de novia; de capitán, Fernando Pontones, y otro importante papel, Manuel de la Peza y Ansa.

El argumento era muy sencillo; salía sorteado el joven de la casa, especie de idiota, y para librarlo, lo vistieron de mujer; el capitán, á quien le gustaba la hermana del infeliz disfrazado, sorprende el disfraz y quiere denunciar el hecho para que toda la familia sea castigada.

Después de escenas muy graciosas se conviene en que no se hará tal denuncia, á trueque de permitir las relaciones del capitán con la niña de la casa, con la cual contrae matrimonio.

La representación se llevó á cabo entre grandes aplausos, sobre todo en las escenas en que había alusiones como ésta:

Esa ley que en un momento,
de cincuenta saca ciento,
monstruo por los resultados...

Don Juan de Dios Arias dijo en una crónica que la piececita, como guisado nacional, había estado un poco picante, y lo estuvo tanto, que al día siguiente de la función se presentó en el Colegio la policía secreta y recogió los manuscritos.

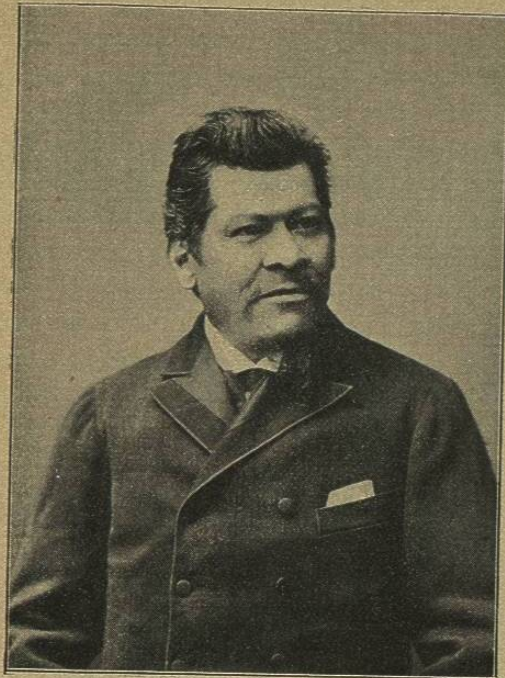
Antes de *El Sorteo* representaron los alumnos

la pieza *¡Pobres mujeres!*, conquistando grandes aplausos, pero lo más notable, el clavo de oro de aquella noche famosa, fué el debut de Justo Sierra.

Estaba Justo en la plenitud auroral de la vida; tendría diez y seis ó diez y siete años, y recitó con ardorosa entonación una oda que, si mi memoria no me traiciona, comienza así:

Perdonadme si audaz á este recinto,
do acabáis de escuchar voces canoras,
venga osado las cuerdas insonoras
del laúd á pulsar; cedi á mi anhelo;
quise un himno de gloria dedicaros,
pedí un destello al luminoso cielo,
bajó la inspiración, vengo á cantaros.

Una ovación espontánea, ruidosa, fraternal é inolvidable saludó al poeta, que por primera vez hablaba en público, y desde aquella noche su nombre corrió de boca en boca; se le designaba para representar al Colegio en los días grandes de la patria, se le invitaba á colaborar en periódicos de renombre, y así fué desarrollándose su celebridad hasta que, al triunfar el Gobierno de la República, el maestro Ignacio Manuel Altamirano, comprendiendo todo el valimiento del poeta y del pensador, lo llevó á presentar en las «Veladas literarias», como el Benjamín de las letras y como su discípulo más consentido y más mimado.



D. Ignacio M. Altamirano

Allí Justo leyó su precioso «Canto de las Hadas», que comienza:

Las flores plegaban
el aromado broche;
las sombras descorrían
su fúnebre capuz;

en tanto que los astros,
 las flores de la noche,
 abrían en los cielos
 sus pétalos de luz!

Recuerdo entre otros de los grandes y legítimos triunfos de Justo Sierra, dos muy hermosos, uno alcanzado en Tacubaya, frente á la tumba de los mártires.

El poeta, pintando la sangrienta escena llevada á cabo, á media noche, cerca del sagrado bosque de Chapultepec y bajo un cielo mudo é impotente, exclama:

Cadáveres quedasteis en el suelo,
 como las plantas que Aquilón descuaja,
 y en esa hora fatídica tuvisteis
 del bosque gemidor las oraciones,
 el manto de la noche por mortaja,
 y los astros del cielo por blandones.

El otro triunfo lo alcanzó la noche de un 15 de Septiembre en el Teatro Nacional.

Había leído unas quintillas dignas de Quintana; y si no lo cree alguno, dígalo ésta que recuerdo y en la cual se refiere á Hidalgo:

Es en vano, nefanda tiranía,
 que al noble anciano en tu furor inmoles;
 á la voz de su espectro, en sangre tinto
 el sol de Hernán Cortés y Carlos Quinto
 se puso en los dominios españoles.

En medio del estruendo ruidoso de los aplausos apareció en el escenario un joven de estatura y robustez semejantes á la de Justo; de cabellera rizada, de grandes ojos, de expresión franca y simpática, y le dió un estrecho abrazo en nombre de su infortunada tierra de Cuba.

¿Quién es? se preguntaban todos los presentes, conmovidos por la inesperada escena.

¡Era Alfredo Torroella! Era aquel poeta que, entusiasmado al ver cómo celebrábamos la Independencia en los momentos en que se creía perdida y destrozada para siempre la causa que iniciaran en Yara sus compatriotas, improvisó unos versos á México, tomó una bandera nacional en sus manos, y dijo con las lágrimas en los ojos y el corazón palpitando en sus acentos:

México, en este día,
 en que el sol de tu gloria reverbera,
 déjame que tremole tu bandera,
 ¡yo, que no puedo tremolar la mía!

Fué muy aplaudido Torroella, y entró á todos los círculos literarios del brazo de Justo Sierra.

¡Con qué frenesí le aplaudían cada vez que pisaba la tribuna!

Sus frases conceptuosas; su voz llena y viril, que se hacía escuchar clara y distintamente; aquel busto que surgía, siempre simpático, entre la multitud, y su cariño á México, le valían repetidos triunfos.

¡Qué versos tan armoniosos los suyos!
Hablando de su salida de Cuba, después de
decirnos:

Soy de esa tierra
que en sangre tiñe la libertad,
agrega:

Adiós, un día le dije al monte;
de obscura suerte marchaba en pos,
y las palmeras del horizonte
se columpiaban diciendo: ¡adiós!

* * *

El maestro Altamirano, Torroella y Justo
Sierra hablaron frente al cadáver de nuestro
eminente actor Merced Morales, el jueves 17 de
Febrero de 1870.

De Morales dice Justo:

Era un águila ayer. Su voz vibraba
como cuerda de bronce
del drama excelso en la gigante lira,
y su noble talento arrebatava
un vítor á los pechos mexicanos,
vítor inmenso que al pasar dejaba
una hoja de laurel entre sus manos.

Y Torroella concluye así:

Y tú que lees el arcano
profundo del infinito,
recibe, actor mexicano,
la lágrima de un hermano,
la bendición de un proscrito.

Y para concluir, ya que desde la representa-
ción de *El Sorteo* he venido á citar hechos muy
posteriores, citaré un rasgo de Torroella, de
aquel proscrito que se enlazó con una dama
mexicana y tuvo hijos mexicanos.

Quería tanto á mi patria, que estando grave-
mente enfermo en Cuba, sintió que por momen-
tos se le iba la vida, y mandó un enviado al
Consulado de México para que le llevaran á un
mexicano.

Estaba allí el diputado Miguel Méndez, de
paso para los Estados Unidos, y fué en seguida
á ver al poeta. Lo encontró agonizante, pero
con la fuerza necesaria para pronunciar las
siguientes palabras:

«Deme usted la mano; quiero decirle adiós,
por conducto de usted, á su tierra, á sus compa-
triotas, á todo ese México que no volveré á ver
nunca.»

Y á los pocos momentos cerró sus ojos para
siempre, como si sólo hubiera esperado dar ese
adiós último al país en que fué tan aplaudido en
la tribuna, como dichoso en un hogar modesto y
tranquilo.